

del Santo. Regularmente predicaba San Bernardino por la mañana, después de haber celebrado la santa misa; y los oyentes se hallaban ya reunidos por la mayor parte al romper el día. Donde las iglesias no eran bastante capaces, se colocaba el púlpito en un lugar abierto (1), y conforme á la costumbre de la época, duraban con frecuencia los sermones tres y hasta cuatro horas; y la predicación de la tarde se extendía á veces hasta muy entrada la noche. Los contemporáneos ponderan principalmente la pronunciación pura de San Bernardino, la viveza de su declamación y la excelencia de su gesto, á lo cual se agregaba la impresión de su aspecto ascético, que hacía á las gentes acordarse de San Francisco (2). Los éxitos que obtenía el Santo, entusiasmaron á Pío II, hasta obligarle á decir, que Bernardino había hecho resonar su voz por toda la Italia, «como un segundo Pablo».

Si queremos conocer el propio estilo de los sermones de San Bernardino, no hemos de fiarnos de las oraciones latinas que él mismo bosquejó (3); pues sus predicaciones orales eran enteramente diferentes de estos eruditos, pero secos, tratados teológi-

(1) Sobre la exposición llena de imágenes de tales predicaciones de Bernardino en Sena, cf. Thureau-Dangin 95; cf. Kenner 151. Sobre la impresión producida por los sermones, véase el testimonio contemporáneo en *Miscell. Francisc. V*, 33 s.

(2) Thureau-Dangin 62 ss. 65.

(3) Estos Sermones (impresos en Bernardini Opera omnia ed. de la Haye. París 1636) no son más que extractos y disposiciones; cf. Thureau-Dangin 158 ss. 162 ss. donde se utiliza el trabajo, que no se halla en el comercio de libros, de Tasso, *Super genuitate operum S. Bernardini* (Romae 1877). No puedo menos de apoyar el deseo expresado por el P. Jeiler ya en 1883 en el *Kirchenlexicon* de Wetzer y Welte II^o, 443, de una nueva edición crítica de las obras del Santo. Para ella se debería utilizar un manuscrito guardado en la *Biblioteca Chigi de Roma*, en una cajita preciosa forrada de terciopelo rojo (Cod. C. VI, 163), el cual contiene 42 sermones *escritos de propia mano del Santo*, que han sido ya impresos, pero dicho manuscrito ofrece una multitud de variantes, indicadas en una hoja adjunta (por Kircher). Numerosas variantes contiene también el Cod. Ashburnh. 76 *Prediche di S. B. dette in Padova*, en la *Bibliot. Laurent. de Florencia*. Al contrario está inédito el sermón de S. Bernardino mencionado arriba, pág. 21, hallado por mí en la *Bibliot. de los Brera de Milán*. Epístolas inéditas del Santo las he visto en la *Bibliot. de Sena*; cf. especialmente. Cod. T. III, 3. Ferrato, *Archivo Gonzaga* (Mantova 1877) 14, que menciona una carta original de S. B. en el *Archivo Gonzaga*; pero hay aquí una equivocación, pues la carta mencionada procede de un hermano de Bernardino y fué escrita en 1531. No ha sido utilizado por los modernos biógrafos, el escrito raro y compuesto para solemnizar una primera misa, *Del modo di recitare degnamente l'ufficio divino*. Lettera inedita di S. B. de S., publ. p. L. Maini (1872).

cos; lo cual se infiere claramente, comparándolos con aquellos sermones de misión que los oyentes escribieron en diferentes sitios. En Sena hizo esto un tundidor de paños llamado Benedetto, y su colección, formada con cuarenta y cinco sermones que el Santo pronunció en Sena en 1427, en la gran plaza frente al Concejo (Il Campo), es de extraordinaria importancia, porque Benedetto lo escribió todo con maravillosa exactitud, hasta las menores digresiones y los más pequeños incidentes que ocurrían (1). Estas *Prediche volgari* son las únicas que nos descubren el secreto de la elocuencia de Bernardino (2); aquí brota su fuente con entera frescura y sin alteración; aquí es todo vida, naturalidad, confianza y variedad copiosa, entre la confiada plática, la tranquila doctrina, la suave exhortación y el fogoso movimiento oratorio castizamente italiano, con gran abundancia de escenas dramáticas, imágenes vívidas, entrañables afectos y rasgos de genuina naturalidad. Aunque el orador no pierde nunca de vista el fin y el orden de su plática, sigue, no obstante, la inspiración del momento, repitiendo lo difícil, animándolo todo con exclamaciones, apóstrofes, interrogaciones y dialogismos; y en todas partes se muestra, de una manera muy visible, la íntima comunicación del orador con sus oyentes. Échase de ver, cuán fijamente tenía Bernardino ante los ojos á su público, y dirigía su oración, según lo veía convencido ó recalcitrante, disipado ó conmovido. Para hacerse entender del todo y penetrar lo más posible en los corazones, se servía de intento del dialecto sienés, prefiriendo los modos de hablar populares y los refranes, tomando sus imágenes de la vida cotidiana y entretejiendo narraciones morales, anécdotas y apólogos (3); pero, al paso que

(1) El manuscrito original se ha perdido; hay tres copias en la *Bibliot. de Sena*, una cuarta de 1443 en Palermo, y edición completa de L. Banchi, *Le Prediche volgari di S. Bernardino dette nella piazza di Campo l'a. 1427* (Siena 1880-1888. 3 voll.) Cf. Bacci en *Conferenze d. Commiss. senese di st. patria I* (Sena 1895). Merece mayores investigaciones la copia de los sermones tenidos por S. B. en 1425 en Sta. Cruz de Florencia (dos manuscritos en la *Bibliot. Ricardina de Florencia*), de los que L. Maccari publicó uno: *Del torre moglie* (Sena 1896).

(2) S. Thureau-Dangin 201 ss., cuya excelente descripción sigo aquí. Cf. además Alessio 114 ss. y Ronzoni, *L'eloquenza di S. B. e della sua scuola* (Sena 1899).

(3) Cf. Zambrini *Novelle*, *Esempi morali e Apologhi di S. B. di S.* (Bologna 1868), und Fanfani, *Mescolanze letterarie* (Firenze 1879) 50 ss.

se abajaba de esta manera al nivel del pueblo, su realismo, muchas veces infantil, no llega nunca á ser propiamente ofensivo, burlesco ó trivial. Con maravilloso arte sabe guardar siempre la dignidad de su santo oficio, y sus espirituales discursos son un dechado de predicación hondamente religiosa y popular. Siempre se adaptan sus pláticas, lo más posible, á las necesidades del sitio respectivo, y las cosas prácticas obtienen resueltamente el lugar principal. Así trata con preferencia, de la importancia de la predicación, fuente de vida; y asimismo, del feroz espíritu de partido, de la liviandad, del lujo y de la inmoralidad, que eran las grandes llagas de la época cuatrocentista; sin olvidarse de combatir también los usos supersticiosos. Descubre con paladina claridad, hasta los más repugnantes vicios; pero siempre de suerte, que brilla en todo el cielo apostólico por la salud de las almas; y sabe pintar de la manera más conmovedora los castigos del juicio divino, y por otra parte, las delicias del paraíso (1).

Firme y resueltamente recordaba Bernardino sus deberes á un tan cruel tirano como Filippo María Visconti; pero no se metió nunca en el terreno de la política; y, á diferencia de Savonarola, supo mantenerse por encima de los partidos. También se distingue abiertamente del célebre dominico, en que nunca se disparó en forma desmesurada contra las faltas de las autoridades puestas por Dios, fueran eclesiásticas ó civiles (2). Con predilección hablaba de la Santísima Virgen; y sus biógrafos refieren, que entonces irradiaba su semblante demacrado, como esclarecido con una luz celestial.

Los sermones de Bernardino son únicos en su género, y sólo pueden parangonarse con ellos, las cartas de aquel otro genio religioso que Sena dió á la Iglesia: Santa Catalina. Arde en ellas el mismo fuego y entusiasmo, y resuena la propia música del antiguo dialecto sienés. Y como ninguna imitación alcanza á reproducir el celestial encanto de las testas pintadas por Fra Angélico, así no hay traducción capaz de reproducir la gracia y frescura, la suavidad y pureza, de las oraciones de Bernardino;

(1) S. Thureau-Dangin 212 ss. 221 ss. 229 ss. 241 y Alessio 222 ss. 337 ss.

(2) Una observación práctica y oratoriamente interesante, perteneciente aquí, se halla en San Bernardino Opera I. 101, donde se dice que, el poner de manifiesto los vicios del Clero no mejora á los oyentes, antes los empeora.

estas palabras, como aquellas imágenes, proceden de un mundo superior.

No es, pues, de maravillar, que, una gran parte de los predicadores de penitencia del siglo xv, reverenciaron á San Bernardino como su dechado y modelo; y estos representantes de la genuina reforma eclesiástica, conmovieron profundamente y restituyeron á Cristo millares y millares de almas. Un raudal de gracia se derramaba de los púlpitos de aquellos varones, sobre la Italia desgarrada por las feroces luchas de partido; las sangrientas contiendas y venganzas, que habían durado años enteros, se terminaban (1); expiábanse los más graves pecados, y se convertían los pecadores empedernidos. Y, no sólo se quemaban muchas veces, después de los sermones de Bernardino, las vanidades, juegos y adornos mujeriegos, sino se tomaban, por efecto de ellos, disposiciones legales para refrenar el lujo, contra la usura y contra otros escándalos. Algunas ciudades quedaban enteramente transformadas; «Creíamos—refiere el ingenuo cronista de Viterbo—ser ya todos santos; tan llenos de devoción nos sentíamos (2); y ni el orgulloso sarcasmo de los humanistas, ni la aversión extendida contra los mendicantes, y en cierto modo justificada por indignos miembros de aquellas Órdenes, eran capaces de aminorar la impresión profunda que producían en todas partes la austeridad moral, el entusiasmo ardiente, la abnegación y la poderosa eficacia de las conmovedoras exhortaciones de los predicadores de penitencia (3);

(1) Como ejemplo típico de cómo por la sencilla palabra de un humilde religioso se restableció la paz en una ciudad, cf. las interesantes noticias de Faloci Pulignani sobre la actividad del santo Jacobo della Marca en Foligno 1445, en *Miscell. Francisc.* IV, 66 ss., donde se refieren las palabras textuales de la Santísima Unione entonces concluida, tomadas del Archivo Comunale de Foligno. Cf. también Fumi, S. Bernardino da Siena in Orvieto e in Porano (Sena 1888).

(2) Niccola della Tuccia 53.

(3) Sobre esto llama justamente la atención Burckhardt, *Kultur II*, 189 ss. Al citado erudito corresponde el mérito de haber el primero expresamente, con pocas pero significativas palabras, dirigido la atención hacia los predicadores de penitencia de la época del Renacimiento. Cf. también Symonds 405 s. 503 s. y Monnier II, 189 ss. Para el completo conocimiento de los predicadores cuatrocentistas, sería muy deseable la publicación de sus sermones italianos, pues con los latinos, que en parte se han impreso, acontece lo mismo que con los de S. Bernardino (cf. Thureau-Dangin 250). Las bibliotecas de Italia contienen copiosos materiales para este objeto, pero se ha impreso poco, vgr., Marcellino da Civezza, *Cinque prediche a monache in lingua volgare di due celebri Francescani del sec. 15* (Prato 1881). Sobre los manus-

de los cuales, no pocos hallaron tanto mayor eco en el sentido estético del pueblo italiano, cuanto juntaban el esplendor retórico con su religioso entusiasmo. Es muy significativo, en este concepto, no haberse Bernardino avergonzado, en edad avanzada, de estudiar con el humanista Guarino la elocuencia conforme á los modelos de los antiguos; y más de propósito hizo esto mismo su principal discípulo y sucesor, el ya citado Alberto da Sarteano (1).

La eficacia de aquellos predicadores de penitencia, buscados y estimados por el pueblo, y aun por algunos príncipes de sentimientos enteramente mundanos (2), y favorecidos con empeño por los pontífices, principalmente por Eugenio IV y Nicolás V, ha sido todavía muy poco estudiada. Quien emprendiera algún día escribir la historia de la predicación en la Italia del Renacimiento, vendría á demostrar que, el celoso y libérrimo ejercicio de la predicación, fué una de las más consoladoras manifestaciones de esta época, la cual por otra parte ofrece tantos lados sombríos. En esto precisamente se manifiesta que comenzaba á moverse, en la vida eclesiástica, un nuevo y vigoroso espíritu; y tanto para Italia como para los demás países de la Cristiandad hay argumentos bastantes que muestran, que aquellas exhortaciones é intimaciones de los castigos divinos, no se perdían en el vacío. Por ventura ninguna otra época ofrece tan extraordinarios ejemplos de conversiones en todas las clases del pueblo, y de ciudades y provincias enteras, como aquel siglo cuyas terribles llagas descubrieron sin miramientos un Vicente Ferrer, Bernardino de Sena, Juan de Capistrano y Savonarola (3); y si el conocimiento pro-

critos de los sermones de Jacobo della Marca en Montepandone y Quaracchi cf. nuestros datos, tom. II^o. Casi todos los archivos públicos de Italia ofrecen ricos materiales sobre la eficacia religiosa y social de los predicadores del siglo xv, y con el auxilio de ellos se podría escribir una obra en alto grado interesante.

(1) S. Sabbadini, *La scuola di Guarino* (Catania 1896) 144 ss.

(2) Cf. la carta del Duque Fr. Sforza de Milán á Capistrano, en las *Miscell. Francisc.* I, 64 y las cartas del mismo Duque á los Observantes de Bolonia, fecha 1455, Abril 28 (sobre Antonio de Bitonto), así como el escrito del Duque Roberto de Lecce, fechado 1458, 5 Dbre. Regesta en el Cod. 1613 del *Fonds ital. de la Biblioteca nacional de París*. Otras cartas de Fr. Sforza aquí pertinentes en las *Miscell. Francisc.* I, 128. 182 ss.

(3) Cf. Burckhardt loc. cit.; Rohrbacher-Knöpfler 383 ss.; *Giorn. st. d. lett. ital.* I, 458; Müntz, *La Renaissance* 20. V. además Fages, *Hist. de S. Vincent Ferrier, apôtre de l'Europe* (2 vols. París 1894), y Finke en *Hist. Jahrb.* XVII, 22 s.

pio, así en la vida de los particulares como de las sociedades, es la preparación necesaria, y al mismo tiempo el paso primero, para la enmienda; no se puede negar á la época del Renacimiento, el testimonio de haberse ejercitado en dicho conocimiento propio con maravillosa claridad y sinceridad (1).

Desde este punto de vista, es necesario reformar esencialmente el juicio por lo común extendido, sobre el carácter irreligioso é inmoral del Renacimiento. En todo caso es un error, como lo han observado recientemente con insistencia los principales concedores de la Historia de Italia, el atribuir una significación general á los testimonios de paganización que ofrecen en gran número los humanistas italianos (2). El profundo sentido religioso, que había constituido el fondo del pueblo italiano en la Edad Media, se conservó en las grandes masas, desde los modestos ciudadanos dedicados á las artes, hasta el patriciado de las ciudades, aun en la peligrosa época de transición del Cuatrocentismo (3), y extensas capas del pueblo permanecían aún intactas de la corrupción de las clases elevadas. Esto se ve echando una mirada á la vida de familia, para cuya conservación dábase grande importancia á la educación cristiana. Cuán hondamente estuviera arraigado el amor á la Iglesia, y de qué manera los intereses religiosos constituyeran todavía el centro de las ideas, lo muestran algunas descripciones puramente privadas, y ante todo, los mismos testamentos. Las numerosas Hermandades de legos, que comprendían todos los estados, y las representaciones de los Misterios, á cuyo esplendor contribuyeron los mejores poetas, subministraban al espíritu religioso siempre nuevos elementos é impulsos.

Manifestación importante de la vida religiosa de aquella época, es el Arte, el cual tenía en lo esencial un carácter puramente cristiano, por más que no faltaran particulares degeneraciones, las cuales solían, en parte, proceder de la imitación de lo antiguo.

(1) Rohrbacher-Knöpfler loc. cit.; cfr. 379.

(2) Reumont, *Briefe* XXII, Cf. Frantz, *Sixtus IV.* 55 Anm.; Gaspary II, 199; P. Torraca, Roberto da Lecce. *Arch. stor. Napolit.* A^o VII. fasc. 1; Müntz, *La Renaissance* 14. 23. 103.

(3) Cf. nuestros argumentos en el tom. III^o-4. La misma opinión defienden recientemente Mancini, Valla 231; Weese (*Deutsche Litt-Ztg.* 1900, p. 2617) y en especial Monnier II, 169 ss. que aduce también ejemplos de religiosidad en las clases más altas.

Es con todo indudable que, la casi infinita muchedumbre de obras de Arquitectura, Escultura y Pintura, que produjo, durante el siglo xv, el mejor dotado y más amable de los pueblos de Europa, refleja en su mayoría un espíritu creyente y religioso (1); y un gran número de las más poderosas creaciones del arte del Renacimiento, estaban en tal grado inspiradas por el pensamiento religioso, que dominan entre ellas con gran ventaja los asuntos tomados de la Religión. Como es natural, la Iglesia y sus prelados, y al frente de ellos los papas, eran los que fomentaban con más generosa liberalidad las artes, como la más noble expresión y bella glorificación de la fe (2).

A par del Arte hay otros fenómenos que dan claro testimonio de la profundidad y robustez de las convicciones religiosas. La fe viva que, en aquellos tiempos de fermentación, y desquiciados por los más violentos contrastes, constituía el más fuerte vínculo de espiritual unidad, prorrumplía muchas veces de una manera grandiosa y conmovedora (3). Cuando el último Papa de Aviñón, Gregorio XI, pronunció el interdicto contra Florencia, se reunían al caer de la tarde sus ciudadanos ante las numerosas imágenes de Nuestra Señora, colocadas en los ángulos de las calles, y buscaban en las oraciones y cánticos sagrados el modo de sustituir el interrumpido culto divino. Vespasiano da Bisticci refiere, en la vida de Eugenio IV, que cuando el Papa, durante su estancia en Florencia, daba la bendición desde una tribuna erigida frente a Santa María Novella, toda la extensa plaza y las calles que en ella desembocan, resonaban con el rumor de los suspiros y oraciones, como si hablara, no ya el Vicario de Cristo, sino el mismo Dios. Cuando Nicolao V, en 1450, solemnizó el restablecimiento de la paz eclesiástica con un jubileo universal, comenzó una verdadera inmigración en masa de los pueblos hacia la Ciu-

(1) V. las pruebas aducidas en el tomo III³⁻⁴ ss.

(2) Cf. Kraus II, 2, 1, 33 s. El modo de concebir el arte del renacimiento en esta obra monumental, concuerda en lo esencial con las explicaciones de nuestro tomo III.

(3) Reumont, Briefe XXIII; Lorenzo I², 427. 432. Frantz, Sixtus IV. 22. 128. 237—238. 242. Cf. Capecelatro-Conrad 166. J. Ciampi, Le rappresent. sacre del medio evo in Italia (Roma 1865). D'Ancona, Sacre rappresent dei s. XIV, XV e XVI (Firenze 1872). Cf. K. Hillebrand, Étud. ital. (Paris 1868); A. Lumini, Le sacre rappresent. ital dei s. XIV, XV e XVI (Palermo 1877), y Gasparry II, 195 s. 198.

dad eterna; y los testigos oculares comparan las catervas de peregrinos que confluían hacia ella, á las bandadas de estorninos ó al bullir de las multitudes de hormigas que cambian de habitación en verano. Los habitantes de ciudades enteras, como por ejemplo, los sieneses en 1483, se consagraban á la Santísima Virgen. Y cuando el domingo de ramos de 1496, Savonarola, con el crucifijo en la mano, se dirigía al pueblo de Florencia diciéndole: «Florencia; éste es el Rey del universo; él quiere ser tu Rey; ¿quieres tú ser suya?»; le respondía el más entusiasta asentimiento (1).

De la permanencia de la devoción íntima y sinceridad de las creencias, en la Italia del siglo xv, da finalmente testimonio la grandiosa generosidad de los fieles de entonces, que en todas partes se manifiesta por la magnificencia y esplendor del culto religioso, y las numerosas y perfectamente organizadas instituciones de caridad (2).

Al lado de dichos testimonios de la permanente vivacidad de los sentimientos religiosos en el pueblo italiano, no por eso deja la época del Renacimiento de ofrecer terribles señales de la decadencia moral. Difundíase por todas partes un individualismo que no reconocía barreras algunas, y del cual nacía muchas veces una ambición de vana gloria, que llegaba hasta lo diabólico. Principalmente en las clases altas, se difundían la prodigalidad y el lujo, la pasión del juego, la desordenada codicia de placeres, una desenfrenada sensualidad fomentada por la inmunda literatura de muchos humanistas. Pero con todo, el material estadístico acerca de este punto es tan incompleto, que hace imposible concluir con certidumbre sobre el estado de la moral en aquella época ó su comparación con épocas posteriores (3).

Por muy abundante que fuera aquel tiempo en faltas y pecados de todo género, no por esto faltaban entonces á la Iglesia esplendorosas demostraciones, en que se manifestaba la fuente viva de su vida sobrenatural. Violentos contrastes, profundas sombras en una parte, y muchos puntos luminosos y en

(1) Hettner 165. Malavolti III, 88. Villari, Savonarola II, 50. Cf. F. Torraca, Jacopo Sannazaro (Napoli 1879) 129, y Müntz, La Renaissance 10.14—15. 20. Sobre el jubileo de 1450 cf. infra el cap. III del tercer libro.

(2) Cf. nuestras noticias, tomo III³⁻⁴.

(3) Cf. tomo III³⁻⁴.

gran manera consoladores en la otra: éste es precisamente el carácter peculiar que distingue de otras aquella época. Al lado de prelados y obispos indignos, halla el historiador de la Iglesia en el siglo xv, en todos los países de la Cristiandad, muchos caracteres verdaderamente respetables y distinguidos por su virtud, piedad y erudición (1), á no pocos de los cuales ha concedido la Iglesia, con su solemnè juicio, el honor de los altares. Ciñéndonos á las más significadas personalidades del período que principalmente ha de ser objeto de nuestro estudio, séanos aquí permitido nombrar solamente aquellos Santos y Beatos, de que por entonces hizo Italia presente á la Iglesia.

Como adalid de esta brillante falanje (2) hemos de mencionar, en la Orden de los Minoritas, á San Bernardino de Sena, celebrado por su elocuencia como una trompeta del cielo y fuente de la sabiduría, y puesto por Nicolás V, á mediados del mismo siglo, en el número de los Santos. En pos de él siguen sus santos hermanos de religión, Juan de Capistrano y Jacobo della Marca; y de la Orden de las hermanas de Santa Clara, Santa Catalina de Bolonia (m. 1463). Entre los Beatos de la Orden de San Francisco brillaron: Tommàs Bellaci (m. 1447), Mateo de Girgenti, (m. 1451), Gabriel Ferretti (m. 1456), Arcángelo de Calatafimi (m. 1460), Antonio de Stronconio (m. 1471), Pacífico de Ceredano (m. 1482), Pedro de Molino (m. 1490), Angelo de Chiavasso en el Piamonte (m. 1495); además Angelina de Marsciano (m. 1435), Angela Caterina (m. 1448), Angela Felix (m. 1457), Serafina de Pesaro (m. 1478), Eustoquia Calafata (m. 1491), etc.

Todavía fué entonces más rica en Santos y Beatos la Orden de los Dominicos. En Toscana trabajó el beato Lorenzo de Ripafratta (m. 1457), bajo cuya dirección el apostólico San Antonino (m. 1459) crecía para dechado de abnegada caridad y reformador del clero florentino (3); y el sublime genio de Fra Angélico de

(1) Vespasiano da Bisticci da hermosos bocetos de vidas de muchos distinguidos obispos italianos de aquella época, en la tercera parte de su *Vite di uomini illustri* (Mai, Spicil. I, 224 ss.). La enumeración de los nombres en particular, nos llevaría aquí demasiado lejos.

(2) Noticias sobre casi todos los aquí nombrados, pueden verse en Chevalier, *Répertoire*. Cf. además Moroni, *Dizionario eccl.*; Stadler-Heim, *Heiligen Lexikon I—V* (Augsburg 1858 hasta 1882); A. Weiss, *Vor der Reformation* 20 s., y *Rohrbacher-Knöpfler* 365 ss.

(3) Cf. Moro, *Di S. Antonino* 20 ss. 47.

Fiésole (m. 1455) desplegaba hacia el cielo sus alas, para elevar los corazones á las cosas eternas con el lenguaje de la Pintura, como los místicos lo habían hecho con sus escritos (1). Como discípulos de San Antonino, quien desplegó su incomparable actividad precisamente en el foco del Renacimiento, Florencia; se mencionan los beatos Antonio Neyrot de Ripoli (m. 1460) y Constancio de Fabriano (m. 1481). Alcanzaron gran renombre como predicadores y reformadores, los beatos Juan Dominici (m. 1420) y Pedro Jeremías de Palermo (m. 1452), á los cuales siguieron los beatos Antonio ab Ecclesia (m. 1458), Bartolomé de Cerveriis (m. 1466), Mateo Carrieri (m. 1471), Andrés de Peschiera (1480), el apóstol de la Valtelina, recientemente beatificado, Cristóbal de Milán (m. 1484), Bernardo Scammaca (m. 1486), Sebastián Maggi de Brescia (m. 1494) y Juan Licci, que falleció en 1511 á la avanzada edad de 115 años. La dominica Clara Gambacorti (m. 1419) había todavía estado en comunicación con la mayor Santa del fin de la Edad Media, Catalina de Sena, y aquella y la princesa Margarita de Saboya, que entró igualmente en la Orden dominicana (m. 1467), fueron más tarde beatificadas (2). De la Orden de San Agustín son dignos de mencionarse, el beato Andrés (m. 1479 en Montereale), y el beato Antonio Turriani (m. 1494); además las beatas Rita de Cassia (m. 1456), Cristina Visconti (m. 1458), Elena Valentinis de Udine (m. 1458) y Catalina de Pallanza (m. 1478). A la Orden carmelitana pertenece el beato Angelo Mazzinghi de Augustinis (m. 1438); á la Orden de los Jesuatos, Juan Tavelli de Tossignano (m. 1446), y á la de los Celestinos, Juan Bassand (m. 1455); á los canónigos regulares, el santo patriarca de Venecia Lorenzo Giustiniani (m. 1456); á la Orden de los Camaldulenses, el beato Angelo Massaccio (m. 1458); finalmente, á la de los Cartujos, el gran cardenal, obispo de Bolonia, Albergati (m. 1443). En Roma ejerció su saludable influjo Santa Francisca Romana (m. 1440) fundadora de las Oblatas, y la influencia de otro fundador, San Francisco de Paula (1416-1507) todavía pertenece en parte á esta época

(1) Frantz, Sixtus IV. 54. Sobre Lorenzo de Ripafratta cf. Marchese, *Scritti* II, 223—261.

(2) Sobre Clara Gambacorti cf. Reumont, *Briefe* 77 ss., el cual hace notar que la familia Gambacorti cuenta entre sus miembros aún otro beato, Pedro (m. 1435).